

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C

3^a Lectura (Lc. 18, 9-14)



“El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no”

«En aquel tiempo dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás: –Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones,

injustos, adulteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» (Lc. 18, 9-14).

La tesis del presente Evangelio está en la 1^a lectura de este mismo “Domingo XXX del Tiempo Ordinario”:

«Quien sirve de buena gana, es aceptado, su plegaria sube hasta las nubes.

La oración del humilde las nubes atraviesa, hasta que no llega a su término no se consuela él.

Y no desiste hasta que vuelve los ojos el Altísimo, hace justicia a los justos y ejecuta el juicio. (Si. 35, 16-18).

Lo que pretende Jesús con la parábola de “*El Fariseo y el Publicano*”, no es tanto dar un ejemplo de lo que es la buena y mala oración, cuanto de poner de manifiesto al exterior la verdadera y la falsa piedad, que se revela peculiarmente en el modo de hacer la oración.

Efectivamente, el modo de oración de cada cual expresa al exterior lo que es el hombre en su interior. La actitud que tomas ante Dios, esa es tu entidad personal de presente. De aquí debes subir por los peldaños de la humildad, el amor y la paz hasta las cúspides de la perfección.

“Dijo Jesús esta parábola por algunos que”: Jesús va a destapar la hipocresía judía: pone de relieve la soberbia que esconde la falsa piedad.

“Teniéndose por justos”: ¡Cómo el hombre pecador puede tenerse por justo! ¡Qué ceguera tan profunda oscurece su corazón para llegar a semejante blasfemia!

Si te tuvieras por pecador, te sentirías inseguro de ti mismo y tendrías que buscar la seguridad en Dios. El desprecio de ti mismo lleva al aprecio de Dios, y el aprecio de ti mismo lleva al desprecio de Dios y del hermano.

“Se sentían seguros de sí mismos”: Es la falsa seguridad inoculada por Satanás en aquel al que consigue inficionarlo de ciega soberbia. Tú, mi querido hermano, no tienes más seguridad que la de Dios, ni mayor enemigo que tú mismo. Haber aprendido esta lección es haber entrado por las vías del espíritu.

“Y despreciaban a los demás”: Esta es la consecuencia de poner la seguridad en sí mismo. El enquistado endiosamiento idolátrico y auto-complaciente de sí mismo (autolatría, philautía) se erige por encima del hermano hasta el desprecio universal: monoteísmo ateo.

El aprecio de ti mismo te llena de menosprecio el corazón: primero de tu hermano, luego de Dios y por último de ti mismo. Pero el menosprecio de ti mismo te llena de aprecio el corazón: primero de Dios en ti, luego de tu hermano en Dios y por último de ti en Dios.

En fin, en este verso te da Jesús la clave de interpretación de la parábola.

“Dos hombres”: Tienes ante tus ojos el cuadro antítetico frecuente en la predicación del Señor: el fariseo y el publicano, el considerado bueno y el considerado malo, el religioso y el infiel, el judío y el gentil.

“Subieron al templo a orar”: Para el judío, el templo es el lugar de oración por antonomasia. El templo es la casa de Dios y se le considera de una dignidad y superioridad absoluta. Al templo se puede subir de todas partes. El templo es el lugar adecuado para orar.

“Uno era un fariseo”: Es el tipo de judío conceptuado como bueno entre los hombres.

“El otro, un publicano”: Es el tipo de hombre conceptuado como maldito entre los judíos.

«*Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.*» (Jn. 7, 49).

“El fariseo, erguido”: Estar erguido en la oración era la postura normal de los judíos. Esto no es por sí solo signo de soberbia. También el publicano se queda de pie. Pero en la intencionalidad de Jesús, al describir al endiosado fariseo, pone de manifiesto una cierta arrogancia farisaica.

“Oraba así en su interior (*πρὸς ἑαυτὸν*)”: Actitud que se opone a la oración pública y litúrgica. Ciertamente no se trata de la oración mental e interior y en absoluto silencio exterior. Se ajusta más bien a la costumbre judía de recitar la oración privada murmurando en voz baja, como en el caso de Ana:

«Ana oraba para sí; se movían sus labios, pero no se oía su voz.»
(1 Sam. 1, 13).

“¡Oh Dios!, te doy gracias”: El uso judío era empezar la oración dando gracias a Dios. En el fondo, aquí se trata de expresar la propia satisfacción de verse a sí mismo limpio de pecado. Aunque esta apreciación de pecado personal se da no por ausencia real, sino por ceguera crónica, que no permite ver la carroña moral de que está investido el judío fariseo.

“Porque no soy como los demás”: Esta es la revelación más clara de la soberbia: la preferencia de sí mismo le lleva a despreciar a los demás, por quienes Cristo ha muerto.

“Ladrones, injustos, adulteros”: ¿No te suena a algo actual esta letanía de vicios?: ¡jojo con el que dice: “yo soy muy bueno, porque no robo, no adultero y no mato.”. Éste es un perfecto ignorante y ciego a causa de su soberbia endocrina que no le permite ver el mal fango que hay en su alma.

“Ni como ese publicano”: Es expresiva esta alusión. No sólo no encuentra el fariseo en sí culpa de qué arrepentirse, sino que encuentra muchas cosas buenas de que gloriarse, a la par que encuentra muchas miserias, y ninguna virtud, en el publicano.

“Ayuno dos veces por semana”: No todos los fariseos, sino los más celosos, ayunaban dos veces por semana para expiar los pecados del pueblo. Buena cosa es el ayuno, pero al atribuir la salvación a sus obras buenas, y no a la misericordia de Dios, que lo ha redimido, el fariseo se quedará estéril, pues sus obras no valen para nada sin la misericordiosa redención traída por Cristo Jesús.

“Y pago el diezmo de todo lo que tengo”: Por tanto, paga el diezmo de lo mandado por la ley y también de lo no mandado por la ley, es decir, de todo el resto que posee. No se trata de un fariseo vulgar, sino de un

fariseo cualificado en el cumplimiento de ciertas obras exteriores, pero despojadas de espíritu. Lo había engañado Satanás por el ejercicio de la materialidad de la virtud:

«Porque esos tales son unos falsos apóstoles, unos trabajadores engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño: que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Por tanto, no es mucho que sus ministros se disfracen también de ministros de justicia. Pero su fin será conforme a sus obras.» (2 Cor. 11, 13-15).

Por la literatura rabínica se conservan algunos modelos de oración similares al presente.

“El publicano, en cambio”: Por el contrario, el modelo de oración del publicano, que es humilde, es la antítesis de la oración farisea. Este hombre no tenía los altos vuelos endiosados del fariseo hipócrita.

“Se quedó atrás”: Aunque oraba de pie, como el fariseo, sin embargo, se ha quedado a distancia del altar. En la intencionalidad de Jesús, al describir al respetuoso publicano, pone de manifiesto en éste una cierta humildad.

El publicano, consciente de su indignidad pecadora, no tiene pretensiones de preeminencias y, por lo tanto, lo puso el Señor muy por delante de la arrogancia farisaica.

“Y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo”: Pues no se creía digno de mirar al que ha ofendido con su pecado, del que está arrepentido. El amor hace delicado y respetuoso el corazón del amante, teme ofender al amado y por ello ni se atreve a levantar la vista. Por el contrario, el soberbio se pone erguido, echa la cabeza hacia atrás, saca pecho, desafía tempestades y mira de frente a Dios: “*¿quién como yo?*”

“Sólo se golpeaba el pecho, diciendo”: Porque allí está el corazón, de donde sale lo bueno y lo malo, en señal de arrepentimiento. El publicano no elabora discursos, como el fariseo: “*sólo se golpeaba el pecho*”.

“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”: Las palabras responden al gesto humilde y confiesa con sencillez que es pecador. No ha mostrado ninguna valoración desfavorable del fariseo que oraba erguido delante de él junto al altar.

«COMUNICAR AL MÉDICO LA ENFERMEDAD PROPIA, NO LA DE OTROS.

Los hombres que no se olvidan de lo que son comprenden fácilmente cuán útil y necesaria es la medicina de la penitencia. Está escrito: “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (*1 P. 5, 5; Sant. 4, 6; Job, 22, 29; Prov. 3, 34*)... Aquel fariseo no hallaba tanto gozo en su salud como en el compararla con las enfermedades ajenas. Dado que había venido al médico, le hubiera sido más útil mostrar, confesándolos, los males que le tenían enfermo a él, en lugar de ocultar sus heridas y osar gloriarse frente a las cicatrices ajenas. No es, pues, extraño que saliera más curado el publicano, que no tuvo reparos en mostrar lo que le dolía.» (*S. AGUSTÍN, Sermón, 351, 1; PL 39, 1535*).

“Os digo”: Jesús te da de modo enfático su juicio sobre el resultado de ambas oraciones. Con la expresión “os digo” ha querido encarecer la doctrina que impartirá al final de la parábola.

“Que éste bajó a su casa justificado”: El publicano ha obtenido la gracia y la justificación, no por ser bueno, sino por reconocer humildemente su pecado y pedir perdón por él.

El publicano, que ante el judío era un manchado, bajó limpio de la presencia de Dios. Los judíos lo demonizaron, pero Dios lo divinizó.

El fariseo, por el contrario, que ante el judío era un puro, bajó sucio de la presencia de Dios. Los judíos lo magnificaron, pero Dios no lo divinizó.

“Y aquél no (*παρ’ ἐκεῖνον*)”: Aquí habría una doble interpretación:

1. La liturgia de este día se inclina por afirmar que el fariseo no ha conseguido absolutamente nada con su apesadilla oración.
2. Pero “*παρ’ ἐκεῖνον*” también puede significar “más que” o, como aquí, “antes que”, “con preferencia a...”. Por tanto, la traducción sería: “el publicano bajó a su casa justificado antes que el fariseo”.

Nuevamente te vuelvo a destapar aquí ese juicio fariseo que se oye por ahí: “yo soy muy bueno, porque no robo, no adulterio y no mato”. Ése

sería un perfecto perverso, ignorante y ciego al que su soberbia no le permite ver el lodo que ha producido su alma.

Cuanto más alto suben las almas santas, más pecadoras se creen. ¿Por qué? –Porque están iluminadas por Dios y ven su miseria.

“Porque todo el que se ensalce será humillado”: Expresa un principio general, donde se funda el juicio del Señor (cf. Lc. 14, 11; Mt. 23, 12).

El fariseo tenía mucha “*autoestima*” (philautía), lo que le llevó a la ruina. El publicano carecía de “*autoestima*”, lo que le llevó a la salvación. Hoy se cacarea mucho eso de la “*autoestima*” alta o baja. Son expresiones diabólicas que encierran en sí un mal fondo. Expresiones manipuladas para introducir la soberbia en el corazón cristiano. ¿Qué estima puedes tener de ti, que mataste a Dios? ¿No tendrías más bien que aborrecerte a ti mismo? ¿No dirá más bien Jesús?:

«El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna.» (Jn. 12, 25).

“Si alguno viene donde mí y no aborrece... hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío.» (Lc. 14, 26).

S. Pablo abundará en esta misma doctrina de humildad, no de autoestima:

«No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual.» (Rom. 12, 3).

Para entendernos: no puedes amar, sino odiar: la soberbia, la avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza. Por el contrario, debes tener mucha “*estima*” de la humildad, generosidad, castidad, paciencia, templanza, caridad, diligencia.

- **Fariseo: Desprecia al pecador y se cree justo, lo que no es**
 1. Hombre religioso. Se ensoberbece. Dios lo resiste. El cielo se le convierte en bronce.
 2. Orgullo de casta.
 3. Conocimiento intelectual de Dios: **ideas** sobre Dios.
 4. Conocedor de la ley: “*yo cumple*”.

5. Se impone dejarlo caer en pecado para que se humille.
6. Ignorancia de Dios: “ora erguido”.
7. Inurbano con Dios: “yo te doy diezmos”, devuélveme lo que te pido.
8. Se puede aplicar al **cuerpo**.
9. Se puede aplicar al **mundo**: Torre de Babel.
10. Las obras se arruinaron por la palabra soberbia.

“Y el que se humilla será enaltecido”:

- **Publicano: ama al pecador y se cree pecador, lo que es**
 1. Hombre pecador. Se humilla. Dios le da su gracia. Su oración traspasa las nubes.
 2. Descastado: D. Nadie.
 3. Apertura del corazón al **amor** de Dios.
 4. Ignorante culpable de la Ley: “*Señor, perdóname*”.
 5. Se impone elevarlo a la altura del amor divino.
 6. Conocimiento de Dios: “no levanta los ojos”.
 7. Urbano con Dios: “*Señor, perdóname*”. Arregla las diferencias con Dios.
 8. Se puede aplicar al **alma**.
 9. Se puede aplicar a la Iglesia: “*Casta meretrix*”.
 10. La palabra humilde venció a las obras.